

MI PADRE: UN EJEMPLO A SEGUIR

MY FATHER: AN EXAMPLE TO FOLLOW

Madeleine Osterling Letts*

Una de las cosas por las que estoy más agradecida y orgullosa en la vida es por mi padre. Me cuesta imaginarme la vida sin él, sin su amor y la lucidez de su consejo.

Es muy difícil poner en palabras lo que siento por mi padre, al que sólo le debo admiración, agradecimiento y un amor muy especial. Son tantas las experiencias vividas a su lado y tan diversas, que disfruto recreándolas, aun ahora en el dolor de su ausencia: Imágenes de nuestra casa en Blas Cerdeña en San Isidro, de nuestros paseos a caballo en la hacienda de mi abuelo materno, don Roberto Letts, de la aventura que significó nuestros primeros meses en la casa de La Molina en el año 1968, casi en el medio de la nada, mis visitas a su oficina en el Estudio y mi fascinación por sus lápices Mongol No. 2 recién tajados, interminables memorias que afortunadamente conservo y que siempre me recuerdan la presencia de mi padre, de mi maestro, de mi ejemplo a seguir.

Uno de los recuerdos más gratos que tengo de mi niñez fue poder acompañar a mi padre durante muchos años al Estadio Nacional, para ver jugar al Sporting Cristal. El fútbol siempre ha sido su pasión y tenía una memoria prodigiosa para los goles y jugadas. Un triunfo del Sporting Cristal hacía la diferencia, marcaba la tónica de nuestra semana. Mi padre fue dirigente del Sporting Cristal por cerca de veinte años, pero lo siguió hasta el último minuto de su vida con el corazón y con una gran lealtad y pasión.

Otra de sus grandes pasiones era la docencia. Fue profesor del curso de Derecho de Obligaciones en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica por más de cincuenta años y tuve la suerte de que me enseñara en tercer ciclo. Una experiencia maravillosa, porque era un lujo de profesor y la persona que más conoce de Derecho de Obligaciones en el Perú.

Asistir a sus clases me evocaba recuerdos de las miles de horas que mi padre le dedicó a la Comisión Reformadora del Código Civil de 1936 y que tuvo como fruto nuestro Código Civil de 1984. En los años 1970 y 1980, cuando las playas de Asia no existían como balneario, mi padre dedicó todos, absolutamente todos sus fines de semana y muchísimas noches hasta la madrugada, a dar impulso a esta Comisión, a preparar el articulado del Libro VI del nuevo Código Civil y la Exposición de Motivos correspondiente. Un esfuerzo y trabajo del que yo fui testigo de excepción y que, a mi juicio, jamás fue suficientemente reconocido ni por las autoridades ni por el medio académico. Ha sido un valioso aporte, y estoy segura de que la historia y las futuras generaciones de abogados sabrán reconocer.

Viajar con mi padre era un placer y he tenido la suerte de hacerlo muchísimas veces, porque era un hombre muy generoso y le gustaba estar acompañado de su familia. Nunca perdió la capacidad de sorprenderse ni la avidez por el conocimiento y por vivir nuevas experiencias. Su sentido del humor, su energía y su optimismo lo hacía un compañero de viaje excepcional.

Mi padre era un hombre que siempre ha guiado su vida por el respeto a la persona, a los valores, y por una intachable conducta ética y de honestidad. Me enseñó que la libertad y el derecho de las personas son los valores por excelencia. La vida se ha encargado de confirmarme la sabiduría de sus palabras.

Eterno luchador de la democracia y la igualdad. Escogí la profesión de abogado para ser lo más parecida a mi padre. Quisiera haber heredado sus dotes de jurista, su facilidad de palabra y la riqueza de su conversación. Era un deleite conversar con mi padre. Era un hombre muy culto y muy pocos temas le eran ajenos, pero

* Abogada. Socia del Estudio Osterling. Profesora del Derecho Civil en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Contacto: mosterling@osterlingfirm.com.

cuando ello ocurría, siempre tiene la humildad de reconocerlo y la avidez por aprender.

Debo destacar que una de las virtudes más notables de mi padre era la compasión, la tolerancia y su gran respeto por la gente humilde. Desafortunadamente, en nuestro querido país todavía existen situaciones de discriminación y de abuso por raza o condición social, frente a las cuales muchos peruanos son indiferentes porque simplemente han convivido con ello toda su vida y nunca han tenido ni la inteligencia ni el valor de cuestionarlo o cambiarlo. Cuán distinto sería nuestro país si existieran más hombres como lo fue mi padre, con una línea de conducta intachable y una perfecta coherencia entre la prédica y sus actos.

No hay palabras para describir el orgullo que sentimos mis hermanos, mis hijos y yo cuando tenemos oportunidad de escuchar expresiones de elogio y reconocimiento hacia mi padre, muy merecidas y ganadas, como se dice en términos futbolísticos, “en la cancha”. Siempre nos recordaba que empezó a trabajar a los quince años, muy joven, apenas terminó el colegio, y que trabajaría por siempre. Retirarse no formaba parte de su plan de vida, porque él quería seguir contribuyendo, generando valor y enseñando con el ejemplo.

Desafortunadamente, la vida se lo llevó mucho antes de lo que pensábamos; sin embargo nos queda su legado y su ejemplo, el cual perdurará para siempre en nuestra memoria.